



Consejo de Seguridad

Distr. general
24 de febrero de 2022
Español
Original: inglés

Carta de fecha 24 de febrero de 2022 dirigida al Secretario General por el Representante Permanente de la Federación de Rusia ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de adjuntar el texto de la alocución del Presidente de la Federación de Rusia, Vladimir Putin, a los ciudadanos de Rusia, en la que los informa de las medidas adoptadas de conformidad con el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas en ejercicio del derecho de legítima defensa (véase el anexo).

Le ruego que distribuya la presente carta y su anexo como documento del Consejo de Seguridad.

(Firmado) Vassily **Nebenzia**



Anexo de la carta de fecha 24 de febrero de 2022 dirigida al Secretario General por el Representante Permanente de la Federación de Rusia ante las Naciones Unidas

[Original: ruso]

Alocución del Presidente de la Federación de Rusia

24 de febrero de 2022, 06.00 horas, Moscú. Kremlin.

Vladimir Putin: ¡Ciudadanos de Rusia! ¡Queridos amigos!

Hoy, considero necesario, una vez más, volver sobre los trágicos acontecimientos que están teniendo lugar en Dombás y sobre cuestiones esenciales para la seguridad de la propia Rusia.

Comenzaré por algo que dije en mi alocución del pasado 21 de febrero en relación con lo que, para nosotros, es motivo de particular preocupación y alarma, es decir, las cardinales amenazas que, paso a paso y año tras año, de manera burda y desfachada, políticos irresponsables de Occidente han generado contra nuestro país. Me refiero a la expansión hacia el este del bloque de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y a la expansión de su infraestructura militar a las fronteras de Rusia.

Es bien sabido que, durante 30 años, hemos intentado paciente y persistentemente llegar a un acuerdo con los principales países de la OTAN sobre los principios de una seguridad igual e indivisible en Europa. En respuesta a nuestras propuestas, una vez y otra hemos tropezado con cínicos engaños y mentiras o con intentos de presión y de chantaje, al tiempo que la alianza del Atlántico Norte no ha cesado de expandirse a pesar de todas nuestras protestas y preocupaciones. La maquinaria bélica se ha puesto en marcha y, permítaseme repetirlo, se acerca a nuestras propias fronteras.

¿Por qué ocurre esto? ¿De dónde viene esa forma insolente de hablar desde una posición de excepcionalidad, infalibilidad y permisividad? ¿De dónde viene esa actitud despectiva y displicente hacia nuestros intereses y hacia nuestras reivindicaciones absolutamente legítimas?

La respuesta es clara, pues todo ha quedado claro y resulta obvio. La Unión Soviética se debilitó a finales de la década de 1980 hasta derrumbarse por completo. Todo el curso de los acontecimientos que entonces tuvieron lugar nos sigue aleccionando, pues demostró de forma convincente que la parálisis del poder y de la voluntad es el primer paso hacia la degradación total y el olvido. Bastó con que perdiéramos temporalmente la confianza en nosotros mismos para que se rompiera el equilibrio de poder en el mundo.

Como resultado, los tratados y acuerdos existentes quedaron de hecho anulados. De nada sirven los ruegos y las súplicas. Todo lo que no conviene a los poderes hegemónicos se declara arcaico, obsoleto e innecesario. A la inversa, todo lo que les parece provechoso se presenta como la verdad última y se trata de imponer a toda costa, de forma grosera y por cualquier medio. A quienes no estén de acuerdo se los mete en cintura.

Lo que digo aquí concierne no solo a Rusia y no solo nos preocupa a nosotros. Guarda relación con todo el sistema de relaciones internacionales y, en algunos casos, incluso con los aliados de los Estados Unidos. Tras el colapso de la Unión Soviética, se inició una redistribución de facto del mundo, al tiempo que las normas hasta entonces establecidas del derecho internacional — cuyos preceptos claves y

fundamentales se habían adoptado tras la Segunda Guerra Mundial y habían consolidado en gran medida sus resultados — comenzaron a interponerse en el camino de quienes se habían proclamado a sí mismos vencedores de la “guerra fría”.

Desde luego, hubo de tenerse en cuenta en la vida práctica, en las relaciones internacionales y en las normas que las rigen los cambios ocurridos en la situación mundial y en el propio equilibrio de fuerzas. Sin embargo, ello debería haberse hecho de manera competente, sin tropiezos y sin prisa, teniendo en cuenta y respetando los intereses de todos los países y con plena conciencia de la responsabilidad de cada uno. Pero no, ello en cambio dio paso a un estado de euforia por el hecho de poseer una superioridad absoluta, como en una especie de absolutismo moderno, junto con un bajo nivel de cultura general y una arrogancia de parte de quienes elaboraron, adoptaron e impulsaron decisiones que eran beneficiosas solo para ellos mismos. La situación comenzó a evolucionar en otra dirección.

No hay que ir muy lejos para encontrar ejemplos. En primer lugar, sin autorización alguna del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, esos mismos poderes llevaron a cabo una sangrienta operación militar contra Belgrado, valiéndose de ataques aéreos y misiles en pleno corazón de Europa. El bombardeo de ciudades pacíficas y de infraestructuras vitales continuó ininterrumpidamente durante varias semanas. Me veo obligado a recordar esos hechos, ya que a algunos colegas occidentales no les gusta recordar acontecimientos de esa índole y, cuando se habla de ellos, prefieren señalar no las normas del derecho internacional, sino las circunstancias, las cuales interpretan a su antojo.

Luego, les llegó el turno al Iraq, a Libia y a Siria. El uso ilegítimo de la fuerza militar contra Libia y la tergiversación de todas las decisiones del Consejo de Seguridad sobre la cuestión libia condujeron a la completa destrucción de ese Estado, a la aparición de un enorme foco de terrorismo internacional y a la sumersión de ese país en un desastre humanitario y en el abismo de una prolongada guerra civil que ha continuado hasta hoy. La tragedia que se abatió sobre cientos de miles, incluso millones de personas, no solo en Libia, sino en toda la región, dio lugar a un éxodo masivo desde el norte de África y Oriente Medio hacia Europa.

Un destino similar le estaba reservado a Siria. Las acciones militares emprendidas por la coalición occidental en el territorio de ese país sin el consentimiento del Gobierno sirio ni la autorización del Consejo de Seguridad no son otra cosa que una agresión y una intervención.

No obstante, la invasión del Iraq, llevada a cabo igualmente sin ninguna base jurídica, constituye sin dudas un caso particular. De pretexto sirvió la información presuntamente fiable en poder de los Estados Unidos sobre la presencia de armas de destrucción masiva en el Iraq. Como prueba de ello, ante los ojos del mundo, el Secretario de Estado de los Estados Unidos agitó un tubo de ensayo que contenía un polvo blanco y les aseguró a todos que se trataba del arma química que se estaba desarrollando en el Iraq. Después resultó que todo había sido una invención, una farsa: no había armas químicas en el Iraq. No por increíble y asombroso deja de ser un hecho. Se mintió en los más altos niveles de gobierno y desde el más alto podio de las Naciones Unidas. Y todo ello trajo como resultado el sacrificio de un incontable número de vidas, una enorme destrucción y un pasmoso recrudescimiento del terrorismo.

En general, se tiene la impresión de que prácticamente en cualquiera de las muchas regiones del mundo en las que Occidente ha hecho acto de presencia para imponer su orden, ha terminado por abrir sangrientas heridas que no llegan a cicatrizar y desatar la plaga del terrorismo internacional y el extremismo. He mencionado los ejemplos más atroces, pero en absoluto los únicos, de desacato del derecho internacional.

A esa lista se añaden las promesas hechas a nuestro país de que la OTAN no se extendería ni un centímetro hacia el este. Repítase una vez más, nos engañaron o, para decirlo en palabras llanas, sencillamente nos estafaron. Sí, a menudo se oye decir que la política es un negocio sucio. Tal vez, pero no tanto, no hasta ese punto. Al fin y al cabo, semejante engaño es contrario no solo a los principios de las relaciones internacionales, sino sobre todo a las normas éticas generalmente aceptadas. ¿Dónde están la justicia y la verdad en este caso? No hay otra cosa que hipocresía y una mentira absoluta.

Por cierto, los propios políticos, politólogos y periodistas estadounidenses escriben y dicen que en los últimos años se ha creado un verdadero “imperio de la mentira” en los Estados Unidos. Se hace difícil no estar de acuerdo, ya que es así. Pero no hay que pecar de humildes: los Estados Unidos siguen siendo un gran país, una potencia mundial. Todos sus satélites no solo se les pliegan de manera dócil y obediente y no escatiman oportunidad de hacerles coro, sino que además imitan su comportamiento y aceptan con entusiasmo las reglas que les proponen. Por consiguiente, cabe afirmar con toda justeza que el llamado bloque occidental, creado por los Estados Unidos a su imagen y semejanza, forma parte, en su totalidad, de ese “imperio de la mentira”.

En cuanto a nuestro país, tras el colapso de la Unión Soviética y a pesar de la apertura sin precedentes de la nueva y moderna Rusia y de su voluntad de trabajar honestamente con los Estados Unidos y otros socios occidentales y, prácticamente, de habernos desarmado de manera unilateral, inmediatamente se intentó asfixiarnos, acabar con nosotros y destruirnos para siempre. Es exactamente lo que ocurrió en los años 90 y a principios de los 2000, cuando el llamado bloque occidental apoyó más activamente el separatismo y las bandas de mercenarios en el sur de Rusia. ¡Cuántos sacrificios y pérdidas nos costó y qué pruebas tuvimos que pasar antes de por fin romperle el espinazo al terrorismo internacional en el Cáucaso! Lo recordamos y nunca lo olvidaremos.

De hecho, incluso hasta hace poco, no han cejado en sus intentos de aprovecharse de nosotros, de destruir nuestros valores tradicionales y de imponernos sus falsos valores, que nos corroerían desde dentro a nosotros y a nuestro pueblo; actitudes que ya implantan agresivamente en sus propios países y que están conduciendo directamente a la degradación y a la degeneración, pues son contrarias a la propia naturaleza humana. Ello no va a suceder. Nadie lo ha conseguido nunca. Tampoco se conseguirá ahora.

Con todo y ello, en diciembre de 2021 intentamos una vez más llegar a un acuerdo con los Estados Unidos y sus aliados sobre los principios de la seguridad en Europa y sobre la no expansión de la OTAN. En vano. La posición de los Estados Unidos se mantiene inalterable. Los Estados Unidos no consideran necesario negociar con Rusia respecto de un asunto de importancia clave para nosotros; en su lugar, persiguen sus propios objetivos y menosprecian nuestros intereses.

Naturalmente, esa situación nos lleva a preguntarnos: ¿qué hacer entonces, a qué atenernos? Sabemos muy bien por la historia cómo, en 1940 y a principios de 1941, la Unión Soviética intentó por todos los medios evitar o al menos postergar el estallido de la guerra. Para ello, entre otras cosas, intentó, literalmente hasta el último minuto, no provocar al potencial agresor y no llevó a cabo, o pospuso, los preparativos más necesarios y obvios para repeler el inminente ataque. Las medidas que finalmente se adoptaron resultaron desastrosamente tardías.

Por ello, el país no estaba preparado para afrontar plenamente la invasión por la Alemania nazi, que atacó a nuestra patria el 22 de junio de 1941 sin ni siquiera declararle la guerra. El enemigo fue detenido y finalmente aplastado, pero a un costo

colosal. El intento de apaciguar al agresor antes de la Gran Guerra Patria fue un error que le costó caro a nuestro pueblo. En los primeros meses de la contienda perdimos vastos territorios de importancia estratégica y millones de personas. No cometeremos por segunda vez el mismo error. No tenemos derecho a hacerlo.

Quienes pretenden dominar el mundo han declarado públicamente, de manera impune y, debo subrayar, sin justificación alguna, que nosotros, Rusia, somos su enemigo. En efecto, actualmente disponen de enormes capacidades financieras, científicas, tecnológicas y militares. Somos conscientes de ello y evaluamos objetivamente las amenazas económicas que constantemente nos lanzan, así como nuestra capacidad para resistir tan insolente e insistente chantaje. Permítaseme repetirlo, no nos hacemos ilusiones a ese respecto y somos extremadamente realistas en nuestras evaluaciones.

En el plano militar, incluso tras el colapso de la Unión Soviética y la pérdida de gran parte de sus capacidades, Rusia es hoy una de las potencias nucleares más poderosas del mundo y, además, cuenta con ciertas ventajas en algunos de los tipos más novedosos de armamentos. En ese sentido, nadie debería tener ninguna duda de que un ataque directo contra nuestro país conduciría a la derrota y a nefastas consecuencias a cualquier posible agresor.

Al mismo tiempo, las tecnologías, en particular en el ámbito de la defensa, cambian rápidamente. El liderazgo en ese ámbito ha cambiado y cambiará de manos, pero la militarización de los territorios adyacentes a nuestras fronteras, si permitimos que ocurra, se prolongará durante décadas, quizás para siempre, y supondrá una amenaza cada vez mayor y totalmente inaceptable para Rusia.

Incluso ya, a medida que la OTAN se expande hacia el este, la situación es cada vez peor y más peligrosa para nuestro país. Por otro lado, en los últimos días los dirigentes de la OTAN se han referido explícitamente a la necesidad de acelerar y forzar el avance de la infraestructura de la Alianza hasta las fronteras de Rusia. En otras palabras, se ha endurecido su postura. No podemos seguir limitándonos a observar lo que ocurre. Ello sería absolutamente irresponsable de nuestra parte.

La nueva expansión de la infraestructura de la alianza del Atlántico Norte y la incipiente militarización de los territorios de Ucrania son inaceptables para nosotros. Desde luego, el problema no es la OTAN en sí misma — esta es solo una herramienta de la política exterior de los Estados Unidos. El problema es que en territorios adyacentes a los nuestros — permítaseme señalarlo, en nuestros propios territorios históricos — se está creando una “anti-Rusia” que no es hostil, totalmente controlada desde el exterior, firmemente apuntalada por las fuerzas armadas de los países de la OTAN y repleta de las armas más modernas.

Para los Estados Unidos y sus aliados, se trata de la llamada política de contención de Rusia y son evidentes sus dividendos geopolíticos. Pero para nuestro país, en última instancia, se trata de una cuestión de vida o muerte, de nuestro futuro histórico como pueblo.

No es una exageración, es la realidad de los hechos. Se trata de una amenaza real no solo para nuestros intereses, sino para la propia existencia de nuestro Estado y su soberanía. Es esa la línea roja de la que tanto se habla y que ya han cruzado.

A ese respecto, en lo que concierne a la situación en Dombás, hemos sido testigos de cómo las fuerzas que perpetraron el golpe de Estado en Ucrania en 2014 se hicieron con el poder y lo han mantenido por medio de procedimientos electorales puramente decorativos. Esas mismas fuerzas han abandonado definitivamente la vía de la resolución pacífica del conflicto. Durante ocho años, durante ocho interminables

años, hemos hecho todo lo posible para resolver esa situación por medios políticos pacíficos. Pero todo ha sido en vano.

Como dije en mi anterior alocución, no es posible mirar sin compasión lo que allí ocurre y simplemente seguir tolerándolo. Teníamos que poner fin a esa pesadilla, al genocidio de millones de personas que allí viven y que tienen sus esperanzas puestas solo en Rusia, solo en nosotros. Fueron las aspiraciones, los sentimientos y el dolor de esas personas el principal motivo de nuestra decisión de reconocer la independencia de las repúblicas populares de Dombás.

Creo igualmente importante destacar lo siguiente. Centrados en la consecución de sus propios objetivos, los principales países de la OTAN ofrecen todo su apoyo a nacionalistas extremistas y a neonazis ucranianos, quienes nunca perdonarán a los habitantes de Crimea y de Sebastopol por haber tomado libremente la decisión de reunificarse con Rusia.

Sin que quepan dudas, llevarán la guerra a Crimea, al igual que lo han hecho en Dombás, y llevarán a la muerte a personas indefensas, al igual que lo hicieron los miembros de los destacamentos punitivos de los nacionalistas ucranianos que colaboraron con Hitler durante la Gran Guerra Patria. También reclaman sin tapujos otros territorios rusos.

Todo el curso de los acontecimientos y el análisis de la información que llega a nuestras manos demuestran que la confrontación entre Rusia y esas fuerzas es inevitable. Es solo cuestión de tiempo. Se están preparando y esperan el momento oportuno. Ahora también aspiran a poseer armas nucleares. No permitiremos que ello ocurra.

Como he dicho antes, tras el colapso de la Unión Soviética, Rusia aceptó las nuevas realidades geopolíticas. Respetamos y seguiremos respetando a todos los países que se formaron en el espacio postsoviético. Respetamos y seguiremos respetando su soberanía: ejemplo de ello es la ayuda que hemos prestado a Kazajstán, que se ha enfrentado a acontecimientos trágicos y a desafíos a su condición de Estado y a su integridad. Pero Rusia no puede sentirse segura, desarrollarse y existir bajo la amenaza constante que emana del territorio de la actual Ucrania.

Permítaseme recordaros que de 2000 a 2005 repelimos militarmente a los terroristas en el Cáucaso, defendimos la integridad de nuestro Estado y preservamos a Rusia.

En 2014, apoyamos al pueblo de Crimea y de Sebastopol. En 2015, nuestras Fuerzas Armadas crearon una sólida barrera contra la infiltración terrorista en Rusia desde Siria. No había otra forma de defendernos.

Lo mismo ocurre ahora. Sencillamente, no nos han dejado otro camino para defender a Rusia y a nuestro pueblo que el que hoy nos vemos obligados a emprender. Las circunstancias nos obligan a actuar de manera resuelta e inmediata. Las repúblicas populares de Dombás han pedido ayuda a Rusia.

A tal fin, de conformidad con el artículo 51 (capítulo VII) de la Carta de las Naciones Unidas, con la autorización del Consejo de la Federación de Rusia y en virtud de los tratados de amistad y asistencia mutua con la República Popular de Donetsk y la República Popular de Luhansk, ratificados por la Asamblea Federal el pasado 22 de febrero, he tomado la decisión de llevar a cabo una operación militar especial.

Su objetivo es proteger a las personas que han sido objeto de abusos y genocidio por parte del régimen de Kiev durante ocho años. Para ello, trabajaremos por la desmilitarización y la desnazificación de Ucrania, así como por el enjuiciamiento de

quienes han cometido numerosos y sangrientos crímenes contra la población civil, entre ellos ciudadanos de la Federación de Rusia.

No forma parte de nuestros planes ocupar territorios ucranianos. No vamos a imponer nada a nadie por la fuerza. No obstante, en los últimos tiempos, se han escuchado en Occidente cada vez con mayor frecuencia declaraciones de que los instrumentos firmados por el régimen totalitario soviético, en los que se consagran los resultados de la Segunda Guerra Mundial, no deberían seguir acatándose. ¿Qué respuesta dar a todo ello?

Los resultados de la Segunda Guerra Mundial son sagrados, al igual que los sacrificios que nuestro pueblo hizo en el altar de la victoria sobre el nazismo. Pero ello no contradice los elevados valores de los derechos humanos y las libertades, basados en las realidades que se han afianzado durante las décadas de la posguerra. Tampoco anula el derecho de las naciones a la autodeterminación consagrado en el artículo 1 de la Carta de las Naciones Unidas.

Permítaseme recordaros que ni cuando se fundó la Unión Soviética, ni después de la Segunda Guerra Mundial, nunca nadie preguntó a los habitantes de ninguno de los territorios que conforman la actual Ucrania cómo deseaban organizar sus vidas. Nuestra política se basa en la libertad, la libertad de elección de todos para determinar su propio futuro y el de sus hijos. Creemos que es importante que ese derecho — el derecho a elegir — pueda ser ejercido por todos los pueblos que viven en el territorio de la actual Ucrania, por todos aquellos que así lo deseen.

A tal efecto, me dirijo también a los ciudadanos de Ucrania. En 2014, Rusia estaba obligada a proteger a los residentes de Crimea y de Sebastopol contra quienes vosotros mismos llamáis “nazis”. Los habitantes de Crimea y de Sebastopol eligieron estar con su patria histórica, con Rusia, y nosotros los apoyamos.

Permítaseme repetirlo, simplemente no podríamos haber actuado de otra forma.

Los acontecimientos de hoy nada tienen que ver con ningún deseo de atentar contra los intereses de Ucrania y del pueblo ucraniano. Guardan relación, en cambio, con la protección de la propia Rusia frente a quienes han tomado como rehén a Ucrania y tratan de utilizarla contra nuestro país y su pueblo.

Digámoslo una vez más, nuestras acciones son en legítima defensa frente a las amenazas que se nos plantean y frente a las perspectivas de una calamidad aún mayor que la que ya está ocurriendo. Por muy difícil que sea, os pido que lo comprendan y os exhorto a cooperar para pasar cuanto antes esta trágica página y avanzar juntos, sin permitir que nadie se inmiscuya en nuestros asuntos, en nuestras relaciones, y construir las de forma independiente, de modo que se creen las condiciones necesarias para superar todos los problemas y, a pesar de la existencia de fronteras estatales, fortalecernos desde dentro como un todo unido. Creo en ello, en nuestro futuro común.

También debo dirigirme a los miembros de las Fuerzas Armadas de Ucrania.

¡Queridos camaradas! Vuestros padres, abuelos y bisabuelos no lucharon contra los nazis en defensa de nuestra patria común para que los neonazis de hoy pudieran hacerse con el poder en Ucrania. Habéis jurado lealtad al pueblo ucraniano, no a la junta antipopular que está saqueando a Ucrania y burlándose de su propio pueblo.

No obedezcáis sus criminales órdenes. Os pido que depongáis de inmediato las armas y regreséis a casa. Que quede claro: todos los militares del ejército ucraniano que cumplan con ese requisito podrán abandonar libremente las zonas de guerra y regresar al seno de sus familias.

Permítaseme insistir una vez más: toda la responsabilidad de cualquier derramamiento de sangre recaerá sobre la conciencia del régimen gobernante de Ucrania.

También tengo algo importante, sumamente importante, que decirles a quienes puedan estar tentados a intervenir desde el exterior en los acontecimientos en curso. Quien intente interponerse en nuestro camino y, más aún, amenazar a nuestro país y a nuestro pueblo, debe saber que la respuesta de Rusia será inmediata y acarreará consecuencias jamás antes afrontadas en toda su historia. Estamos preparados para cualquier giro de los acontecimientos. Se han adoptado en tal sentido todas las decisiones necesarias. Espero que se me escuche.

¡Queridos ciudadanos de Rusia!

El bienestar, la existencia misma de Estados y pueblos enteros, su éxito y su vitalidad tienen siempre su más firme arraigo en su cultura y sus valores y en la experiencia y las tradiciones de sus antepasados. Desde luego, ello depende directamente de la capacidad de adaptarse con rapidez a una vida en constante cambio y de la cohesión de la sociedad y de su voluntad de consolidarse y reunir a todas las fuerzas para avanzar.

La fuerza siempre es necesaria, siempre, pero la fuerza puede poseer diferentes atributos. El centro de la política del “imperio de la mentira” del que hablé al principio de mi alocución lo ocupa, por sobre todas las cosas, la fuerza bruta y directa. En esos casos suele decirse “más vale maña que fuerza”.

Todos sabemos que el verdadero poder está en la justicia y la verdad, las cuales están de nuestro lado. Si ello es así, es difícil no estar de acuerdo en que la fuerza y la disposición a luchar son la base de la independencia y la soberanía, los únicos cimientos necesarios sobre los que construir con seguridad nuestro futuro, nuestro hogar, nuestra familia y nuestra patria.

¡Queridos compatriotas!

Estoy seguro de que los soldados y oficiales de las Fuerzas Armadas de Rusia, consagrados a su país, cumplirán su deber con profesionalidad y valentía. No me cabe duda de que, a todos los niveles, las instituciones gubernamentales, los expertos responsables de la estabilidad de nuestra economía, del sistema financiero y de la esfera social, el personal directivo de nuestras empresas y toda la comunidad empresarial rusa actuarán de forma coordinada y eficaz. Cuento con todos los partidos representados en el parlamento y con la sociedad civil para que adopten una postura mancomunada y patriótica.

Al final, como siempre ha ocurrido en la historia, el destino de Rusia está en las capaces manos de nuestro pueblo multinacional. Ello significa que las decisiones adoptadas se aplicarán, los objetivos fijados se alcanzarán y la seguridad de nuestra patria estará sólidamente garantizada.

Creo en vuestro apoyo y en la fuerza invencible que nos da nuestro amor a la Patria.

Estado de la publicación Publicado en: Noticias. Intervenciones y transcripciones.

Fecha de publicación: 24 de febrero de 2022, 06.00 horas

Enlace con el material: kremlin.ru/d/67843